

Capítulo 1

El general Weidling en el búnker de la Cancillería (1).

El general tenía que ir a la Cancillería del Reich por la tarde. Sin embargo, se sobresaltó cuando a las tres de la tarde llegó un oficial que cumplía órdenes de entregarle en mano una carta personal de Hitler. Inmediatamente sintió que se le agolpaba la sangre en las venas de las sienas, sintiendo el golpeteo de las pulsaciones, al suponer que se le comunicaba la sanción impuesta, porque su interpretación de la retirada en pequeños grupos no coincidía con las directrices que él había dado. ¡Ya se habían enterado! ¿Qué sanción le habrían impuesto en esta ocasión? Pero, leyó el escrito y respiró aliviado. Para su sorpresa, autorizaba la evasión en pequeños grupos, siempre que no hubiera capitulación.

Las comunicaciones telefónicas con la Cancillería del Reich estaban cortadas desde por la mañana y no podía llamar al general Hans Krebs ni a nadie. Ya más tranquilo, intentó centrarse en su trabajo.

Cuando se disponía a dirigirse con tiempo para estar en la Cancillería hacia las cinco, apareció de nuevo el mismo oficial con otra misiva. Leyó el mensaje, sumamente escueto y taxativo, con firma ilegible: “Se ordena al general Weidling que acuda a la Cancillería a entrevistarse con Krebs. Aplace cualquier acción prevista para esta tarde, 30 de abril”.

Se quedó perplejo. ¿Qué querían ahora? ¿Qué podía haber ocurrido, tan urgente? ¿Ya no había evasión ni en pequeños grupos ni en unidades ni en nada? ¿Había que suspenderlo todo? Había estado reunido con sus comandantes y habían acordado todos los detalles para la evasión. Habían decidido que sería ese mismo día, 30 de abril, a las diez de la noche... y ¡ahora todo suspendido! Comunicó a sus comandantes que todo lo acordado por la mañana quedaba paralizado hasta nueva orden.

¡Cuánto tiempo, tan precioso para dirigir la defensa de la ciudad, se malgastaba en interminables reuniones para estudiar la situación! ¡Si es que no se vivía más que para ir, estar y venir de la Cancillería! En tiempos normales ibas en un cuarto de hora, pero ahora nunca sabías cuánto podías tardar. Y, naturalmente, había

que volver. ¡Todos los días había que ir a la Cancillería, como si no hubiera nada más que hacer...!

Absorto en sus pensamientos, caminaba lentamente entre los edificios destruidos, destripados; entre paredes en ruinas, que te podían aplastar, si se derrumbaban al pasar. Si arrimabas la espalda, debías hacerlo cuidadosamente entre restos retorcidos de cemento y hierro, entre maderas ardiendo o entre esqueletos de hormigón. Respirabas humo, tragabas polvo quemado, se te pegaba la lengua, te rechinaban los dientes, sudabas... Ruinas, cascotes, escombros. Por todas partes, edificios bombardeados y destruidos. Desolación, destrucción, derrumbamiento. De vez en cuando silbaban balas, obuses y bombas, mientras mujeres, ancianos o niños, corrían enloquecidos a esconderse.

No debía descuidarse, pero como en los últimos días había hecho muchas veces el mismo trayecto —desde el Bendlerblock a la Cancillería y vuelta—, no podía sustraerse a la divagación de la mente, recordando las incidencias vividas en ellos. Su cuartel, el Oberkommando des Heeres estaba en la Bendlerstrasse (2), calle de unos 350 metros que al Norte daba a la Tiergartenstrasse y al sur hacía esquina con la Tirpitzufer, hoy Reichpitschufer, que bordeaba el Landwehrkanal. La Bendlerstrasse hoy se llama Stauffenbergstrasse, apellido del coronel ejecutor del atentado con que culminó la operación Valkiria. El mismo Weidling escribió que entre su cuartel y la Cancillería habría unos 1.200 metros de distancia [tal vez, 1.350] y que normalmente se tardaba un cuarto de hora en llegar.

El día 23 de abril había tenido que acudir a toda prisa, porque el Teniente General Voigtsberger se enteró de que Hitler los había condenado a muerte. ¡A muerte! “Íbamos a ser fusilados, porque le habían dicho que nos habíamos trasladado a Döberitz, cerca de Brandenburgo. Y Hitler creyó que intentábamos escapar de los rusos acercándonos a los americanos algo más de 50 Km. El bulo, fuera o no creíble, lo creyeron sin la más mínima duda y nos condenaron a muerte. Tuvimos suerte.” ¿Suerte? ¡Que Weidling se fue directamente a ver a Hitler! Total, ¿qué más podían hacerle? ¿Fusilarle dos veces...?

Justo ese día se había recibido en el búnker el telegrama de Göring, emplazando a Hitler para sustituirle. Y estaban de los nervios. Hasta tres veces le pidieron los papeles dentro del bún-

ker.

Cuando entró al despacho de Hitler, éste se levantó con dificultad, apoyándose sobre la mesa con ambas manos, que le temblaban. En la cara abotargada se notaban unos ojos febriles. Lo miró sin reconocerlo. Dijo, como justificándose, que recordaba los nombres mejor que las caras, pero el nombre lo había leído un poco antes. Realmente, ni lo conocía, aunque dos años antes le había impuesto la Cruz de Caballero con Hojas de roble.

Tras el informe de Weidling, Hitler conversó unos instantes con Krebs e insistió en que debía enviar sus hombres al sector Este de Berlín, exponiéndole su estrategia, un plan propio de aficionados, para liberar Berlín. El 'plan de operaciones' consistía en que desde el sur de Brandeburgo el 12º Ejército al mando del teniente general Walther Wenck debía atacar, pasando por Potsdam, el sector sur-occidental de Berlín. Al mismo tiempo, el 9º Ejército al mando del general Theodor Busse se debía retirar a lo largo del río Oder y entrar en Berlín por el sureste. Estos dos ejércitos aniquilarían a los rusos en el sur de la ciudad. Para apoyar a estos dos ejércitos acudirían, desde Nauen, la 7ª División Blindada, y, desde Fürstenberg, el Grupo de Asalto de la SS del general Félix Steiner. Con esto, destruidos los rusos del sur de Berlín, los rusos del norte de la ciudad serían arrasados por el ataque conjunto de los cuatro ejércitos... Todo muy bonito sobre el mapa, pero, sencillamente, irreal, imaginario y desconcertante. ¿Dónde estaban esos ejércitos?

Luego se entretuvo, examinando a fondo asuntos intrascendentes. Más tarde se levantó con dificultad y le dio la manó, sin hablar de arresto o de ejecución. Ni siquiera de cese. Estaban a muy pocos días de la catástrofe definitiva. Sin municiones, sin combustible, sin ánimo de lucha —ésa era la realidad—, ¿qué milagro se podía esperar?

Weidling se despachó a gusto con Krebs y Burgdorf. ¡Valientes, que eran unos valientes! ¡Ni siquiera se atrevieron, los incapaces, a decirle que lo habían cesado! Les recriminó que hubieran creído semejante rumor, sin comprobar nada. Sí, se pusieron lívidos, se quedaron petrificados, pero ¡cuántos no pudieron desmentir falsedades parecidas y habían sido destituidos o ejecutados! ¡Vaya ánimos para hacer frente a los rusos! ¡Ellos tenían que estar jugándose la vida en el frente ruso y no haciendo el paripé

en aquellas quiméricas sesiones de análisis de la situación...!

Krebs, no obstante, le dejó claro que quien era realmente el comandante de la zona de defensa de Berlín era Hitler. Weidling se limitó a preguntarle si tenían idea del estado lamentable en que se encontraba el ejército. También le dijo que era imposible entender las órdenes de Hitler.

Cuando salió de la Cancillería eran las diez de la noche. Se fue convencido de que los sufrimientos de la gente a Hitler le importaban un rábano.

El 24 de abril, por la noche, le llamaron de nuevo a la Cancillería del Reich. Llegó sobre la 12.00 de la noche. El general Helmuth Weidling debió sorprender a Hitler. De hecho, Krebs le comunicó que "Debido a la impresión que causó usted ayer al Führer, le nombra Comandante de la región fortificada de Berlín." Y le urgió a tomar el mando e informarle. Lo cierto es que habían destituido de ese cargo al teniente general Helmuth Reymann, porque se había enfrentado a Goebbels, que era el Comisionado de Defensa de Berlín; nombraron y ascendieron a general a Ernst Kaether, un coronel afín a ellos. Después cayeron en la cuenta de que el nuevo general no tenía experiencia en dirección de tropas de combate y fue entonces cuando, para remediar esa carencia, lo nombraron a él. Así que la designación como Comandante de la Defensa de Berlín, no evitó su frustración, por lo que comentó a Krebs: "Si hubiera podido elegir, habría preferido que me fusilaran y me habría evitado la angustia de tener que defender, sin medios, una ciudad arrasada." El desencanto fue mayor, porque Weidling tuvo conciencia de que el verdadero comandante de la Defensa de Berlín era el Dr. Goebbels y, consecuentemente, habría interferencia de órdenes. Y el Dr. Goebbels sería todo lo inteligente que se quisiera y sabría mucho de propaganda y, tal vez, de filosofía, pero de estrategia no tenía idea. No recibió, ni de él ni de nadie, ninguna información sobre las fuerzas de defensa. Más tarde pudo calcular que podían ser entre ochenta mil y cien mil hombres.

Se pasó el 25 de abril casi todo el día estudiando sobre el terreno el sector encomendado y, a las 21:00 horas, tuvo que acudir de nuevo a la Cancillería a informar a Krebs sobre la situación. Poco antes llegó, herido, el general Ritter von Greim, acompañado por Hanna Reitsch, excepcional piloto. Y conoció a Bormann y Burg-

dorf, compañeros de libación, o sea, que se evadían de lo que se les venía encima, empinando el codo juntos; a Naumann, al embajador Hewel, al Dr. Schach [no parece que fuera Dr.], a Axmann, al arrogante Fegelein, a Johannmeier, a von Below, coronel de la Fuerza Aérea, al vicealmirante Voss y a Günsche.

“Cuando Hitler entró en la sala, me saludó dándome la mano. Se sentó en el sillón con sus brazos y piernas temblando constantemente. Describí la situación del enemigo sobre un mapa en el que había marcado las posiciones. Varias veces preguntó a Krebs la veracidad de mis datos, que Krebs confirmaba. Luego describí la situación de nuestras fuerzas. Hitler siguió el informe al detalle. Cuando comencé a exponer la situación de la población civil, Goebbels interrumpió, afirmando que todo estaba completamente en orden. Contuve mi indignación, pero señalé que todos nuestros depósitos de suministro estaban en el anillo exterior de la ciudad, encontrándose ya en peligro inminente de caer en manos rusas. Una verdadera amenaza. Como Goebbels quiso intervenir de nuevo, Krebs informó sobre la situación general. Era evidente que esta camarilla, con fuertes vínculos entre sí, ignoraba todo lo que les desagradaba. Hitler estaba acabado y era un simple instrumento en manos de esta cuadrilla”.

Krebs dijo que el 9º Ejército informó de que se estaba moviendo en dirección oeste. Hitler golpeteó la mesa con los lápices, que siempre apretaba en la mano izquierda para controlar sus dedos temblorosos, porque se dio cuenta de que su "plan de operaciones" para liberar Berlín se había ido al garete. Pero Krebs, sagazmente, tranquilizó a Hitler, dándole la respuesta que esperaba oír: que el 12º Ejército del general Wenck había iniciado una ofensiva para levantar el bloqueo de Berlín. Era ya la 1:00 de la mañana.

El 26 de abril se hizo más crítica la situación de los defensores de Berlín, aunque Krebs trató de presentarla de la manera más favorable. Weidling informó a Krebs, que le liberó de asistir a la conferencia nocturna sobre la situación general.

El 27 de abril se completó el cerco enemigo, avanzando hacia el centro de la ciudad. La población civil estaba horrorizada. Se apiñaban en los refugios y en el metro. No había electricidad, ni gas, ni agua ni siquiera en los hospitales. Weidling era un combatiente veterano y conocía la crueldad de la guerra moderna, que en Berlín superó todo límite.

Por la tarde quedó claro que había que rendirse o escapar, porque seguir combatiendo en Berlín era suicida y criminal. En la siguiente reunión intentaría convencer a Hitler de la insensatez de proseguir la lucha y obtener permiso para rendir Berlín. Así que en la siguiente conferencia de situación a las 22:00 horas lo explicó con detalle. No podían depender de que se levantara el sitio de Berlín. La propia propaganda terminaría por minar la moral de los defensores de la capital del Reich, porque los periódicos habían publicado con grandes titulares que “Numerosos ejércitos acuden a levantar el bloqueo de Berlín” y pronto se vería que era falso, porque no iba a acudir ningún ejército. Así que Goebbels bramó: “Usted me va a culpar a mí de esto, ¿no?”. Bormann tranquilizaba a Goebbels y Hitler no pudo decir nada, porque justo en ese momento irrumpió Naumann, repitiendo la noticia dada por radio Estocolmo sobre la propuesta de capitulación hecha por Himmler. Se hizo un silencio absoluto, sepulcral. En la sala solo se oía el repiqueteo sobre la mesa de los lápices con los que Hitler se esforzaba por controlar su mano. Pareció noqueado durante unos segundos interminables, luego se le deformó el rostro, mientras sus ojos se desorbitaban por el miedo y la alarma. Mirando a Goebbels, que movía pausadamente la cabeza, se le oyó regurgitar, convulso y con los músculos contraídos: ¡Maldito! ¡Maldito traidor!

Tras un tiempo de silencio total, Weidling reanudó su informe por indicación de Krebs: el estado de los aeropuertos, la dificultad del suministro, la escasez de municiones, la suerte de los heridos. Hitler lo interrumpió, explicando con parsimonia por qué era necesario defender Berlín hasta el final (3).

Eran las dos de la mañana. Mientras Goebbels y Bormann permanecieron reunidos con Hitler, los demás, en la habitación de al lado, discutieron sobre la traición de Himmler y, después, Weidling trazó un plan para escapar de Berlín (4). Le pidieron que lo elaborara y lo hizo durante la mañana del día siguiente, 28 de abril. El Coronel Dürfing se lo llevó a Krebs, que lo aprobó. La situación se hacía cada vez más desesperada. Y el anillo cada vez se cerraba más.

Por la noche, a las 10, hubo otra reunión. Tras proponerle la evasión, Hitler pensó largo tiempo y, con desesperanza, dijo: “¿De qué serviría esta fuga? Iríamos de un anillo a otro. ¿Deberé estar

vagando de un sitio a otro, esperando el final? Es mejor que me quede aquí”. Le faltó tiempo a Goebbels para apostillar con todo su ego: “Mi Führer, eso es lo absolutamente correcto”. No cabía duda: Goebbels había elegido morir en aquella ratonera.

“Yo estaba preparado para cualquier cosa, pero no para esto. Muchos miles de personas de ambos bandos debían sacrificarse y morir en esta lucha criminal, para darles a ellos la oportunidad de continuar protegidos en el búnker todo el tiempo posible. Me fui de la Cancillería amargado y de mal humor. El drama se precipitaba hacia su desenlace, porque estábamos rodeados.” Sin embargo el general Weidling no se preguntó cuál podía ser la causa de que se prolongara más y más esa incomprensible espera.

El 29 de abril, bajo el fuego de las ametralladoras y lanza-granadas, a las 10 de la noche llegó a la Cancillería, cubierto de fango. En la reunión, todos tenían el ánimo por los suelos. Hitler estaba muy demacrado (5). Weidling le insistió en que permitiera una evasión en cuanto fuera posible, puesto que nadie puede luchar sin armas. Krebs lo apoyó. A Hitler le repugnaba que se planteara la evasión, la retirada, la fuga, en definitiva; pero aceptó que se saliera en pequeños grupos, siempre que se siguiera resistiendo donde fuera posible. En ningún caso se podía capitular. “No se mencionó dónde estaría Hitler en esa fuga, pero su seguridad no era incumbencia mía”, escribió el general.

En la reunión de la mañana, cuando la evasión se fijó para las 10:00 de la noche, todos se sintieron mejor, como si se descargasen de un terrible peso, al sentirse liberados de proseguir una lucha insensata y suicida en Berlín. Así que el general Weidling entró en la Cancillería del Reich, preguntándose si pretenderían que se combatiera en Berlín hasta la última bala... O tal vez ¿había sucedido algo que pusiera las cosas en una dimensión diferente? Llegó a la Cancillería entre las 6 y las 7 de la tarde (6). Nos dice que había empleado una hora y cuarto; que tuvo que meterse por sótanos y entre ruinas y que llegó sudando.

Sin darle ninguna explicación, lo condujeron inmediatamente al estudio de Hitler. Goebbels, Bormann y Krebs ya estaban sentados allí. En cuanto entró, todos se pusieron de pie y Krebs solemnemente declaró que Hitler se había suicidado a las 15.00 horas; que solo un pequeño círculo de personas lo sabía y que se habían prometido mantenerlo en secreto; que el cadáver, según su última voluntad, se había empapado con gasolina y quemado en

un agujero de bomba en los terrenos de la Cancillería; leyó los nombres de los que Hitler había designado para integrar el nuevo gobierno. También dijo que se había informado por radio a Stalin, que se había intentado el alto el fuego en Berlín y que él iba a ser enviado como mensajero (7).

El general movió fuertemente la cabeza, como si tratara de sacudirse las telarañas mentales, para poder asimilar la nueva situación. Miró a todos los reunidos, intentando escrutar hasta dónde estaban conmocionados por la muerte de Hitler aquellos para los que había sido no solo su Führer, sino su Dios. Hasta ahora. No sabía si tensaría la situación, pero había algo que le apetecía hacer, que sentía necesidad perentoria de hacer, con urgencia casi fisiológica. Como quien no quiere la cosa, dijo: "Ahora podremos fumar en esta habitación, ¿no? Por favor, ¿quién tiene un cigarrillo?"

Se felicitó para sus adentros, por haber logrado contenerse ahí, sin añadir nada de lo que realmente estaba pensando. A Goebbels, que en seguida ofreció cigarrillos británicos, se le habría paralizado la mano de haber conocido lo que estaba pensando (8), pero se dirigió cortésmente a Krebs: "Usted vivió en Moscú mucho tiempo y conoce a los rusos mejor que los demás. ¿Cree usted que ellos nos concederán un armisticio, sin exigir una rendición incondicional?" Y añadió, mirando a los demás: "¿Vamos a seguir con esta guerra tan insensata? Terminemos con esta locura cuanto antes".

Goebbels, como movido por un resorte automático, redarguyó que debía rechazarse la capitulación, porque "La voluntad de Hitler era todavía obligatoria para nosotros'. Los aliados angloamericanos se negaron a negociar con Himmler, el traidor, pero los rusos podrían negociar con un gobierno legal. Sí, podríamos alcanzar una paz solo con Rusia."

Al general Weidling le faltó un tris para decirle que si la voluntad de Hitler seguía siendo tan obligatoria como la de no fumar en aquella habitación, pero decidió ir al grano, quedándose asombrado de sus propios redaños, cuando le dijo: "Señor Canciller del Reich, ¿usted realmente cree que Rusia negociará con un gobierno que presida usted, el representante más destacado del nacional-socialismo?"

Goebbels se sintió ofendido y quería discutir, pero Bormann y

Krebs trataron de convencer al general para intentar una paz, por separado, con Rusia. Weidling no pudo hacerlos entender que los rusos únicamente aceptarían una rendición incondicional.

Como quedó retenido en la Cancillería hasta que volviera Krebs, (lo hizo a las 13:00 horas de 1 de mayo) aprovechó para indagar de Burgdorf y Bormann detalles de las últimas horas de Hitler (9). Con Burgdorf y Bormann tenía más confianza que con Goebbels, que, en cuanto se criticaba algo sobre la situación de Berlín, en seguida se sentía aludido. Weidling no acertaba a explicarse qué había pasado en el búnker. ¿Se lo contarían con pelos y señales o le darían evasivas? ¿Y Goebbels? ¿Contaría a alguien lo que realmente había pasado? Todavía en enero de 1946 no lograba ver claro, como quedó reflejado en sus preguntas. No sabemos si en los nueve años que sobrevivió en las cárceles soviéticas pudo añadir, o aclarar, algún punto a los que dejó anotados en 1946. Son éstos:

1.- Durante la noche 29/30 de abril, Hitler comunicó a los más cercanos a él su decisión de suicidarse” (10).

2.- Frau Goebbels se arrodilló ante él, suplicándole que no les abandonara en ese trance (11).

3.- Hitler tomó el veneno y se disparó a sí mismo.

4.- Eva Braun, con la que se casó en la noche del 28 al 29, se envenenó, muriendo con él.

5.- Hitler ordenó que quemaran sus cadáveres, para que no fueran expuestos en Moscú. Y así se hizo.

Parece que entre los generales funcionó uno más: “Últimamente, el miedo de Hitler a la muerte se había hecho tan fuerte, que, cuando los proyectiles explotaban encima del búnker, se irritaba en extremo”.

Sin embargo, no se había encontrado el cadáver de Hitler, por lo que Weidling, en los ocho meses transcurridos, se preguntó con frecuencia si la muerte de Hitler no había sido una impostura.

Weidling, como todos, estuvo afectado por los acontecimientos del 30 de abril al 1 de mayo y no atisbó el engaño, sino que creyó en la muerte de Hitler. En el momento de escribir esas páginas, era absolutamente incapaz de decidir, basándose únicamente en lo que vio y oyó, si de verdad se había suicidado o no (12).

Weidling, en las largas horas de soledad en la prisión, daba

vueltas y revueltas en su mente a todo cuanto Hitler había dicho y hecho en los últimos días, tratando de encontrar indicios de que Hitler se hubiera escapado y preguntándose si seguía vivo. Y anota cinco puntos a favor de la fuga. Cuatro de ellos, son de un peso innegable, pero también anota a continuación tres puntos en contra. Él los consideraba de mayor peso por lo que se inclina por el suicidio. Los veremos al comienzo de la cuarta parte.

Este es el testimonio del general Helmuth Weidling, que era un militar respetable, independiente y valiente, dentro de la tradición del ejército alemán, y que tuvo que luchar por su país en una guerra decidida por los políticos nacionalsocialistas y por su Führer. Aunque fue condecorado en 1943 con la Cruz de Caballero con hojas de Roble, no era hitleriano. Se le encargó la Defensa de Berlín, cuando el día anterior había sido condenado a muerte por Hitler. Estuvo en la Cancillería el 30 de abril por razón del cargo, pero no pertenecía al reducido grupo de los elegidos. Le dieron la información que tenían preparada para los no selectos y él la aceptó de buena fe. Habían transcurrido ocho meses desde la caída de Berlín y todavía no lograba ver con claridad qué había pasado.

El general Helmuth Weidling murió en Rusia el 17 de noviembre de 1955 a los 64 años y no conocemos ninguna otra declaración suya ni tenemos ningún dato que nos permita saber si alguna vez logró saber qué pudo haber ocurrido aquella tarde-noche del 30 de abril de 1945 en la Cancillería del Reich.

—1— Este capítulo se basa exclusivamente sobre la declaración manuscrita del general Weidling. @ **Ver desarrollo en p. 50 de Internet.**

—2— Sede del Alto Mando del Ejército. @

—3— ¿Por qué había que defender Berlín a toda costa. @

—4— Weidling no vivió directamente el impacto de la noticia de la traición de Himmler. @

—5— Günsche alude a esta visita. @

—6— Hay pequeñas variaciones en la hora. @

—7— Hay algunas variantes que se pueden complementar. @

—8— Lo que realmente pensaba Weidling. @

—9— Weidling no se extraña ante tanto secreto. @

—10— Otros amplían el periodo a los últimos diez o doce días.

—11— Otros testimonios la presentan suplicando que se fuera, unos sin especificar para qué, como Fest* y otros, para que el nazismo sobreviviera.

—12— Diferencia entre Weidling y el mariscal Schörner. @